

tra la salud, y determinadas formas de discriminación motivadas por diferencias de raza, opinión, etc.

Pero en tales cambios, nada, o casi nada, ha tenido que ver la Filosofía Jurídica académica, sino que se han producido sobre todo por virtud de dos tipos de factores: nuevas doctrinas sociales y políticas, y la fermentación hirviente de los hechos en la crisis de nuestra época, dice el doctor Luis Recaséns Siches.

Y afirma: "La situación de crisis trae consigo el hecho de que en la vida social de nuestro tiempo concurren en pugna criterios diversos, a veces incluso antagónicos, sin que ninguno de ellos acabe por imponerse decisivamente sobre los demás. Caracteriza también a las crisis históricas, muy notoriamente a la presente, el fenómeno de que los hechos reales, en casi todas las áreas de la vida humana social, desbordan en sus cambios no sólo todas las pautas normativas que pudieran haberse trazado de antemano, sino incluso también los pronósticos y previsiones."

Los caracteres y factores de nuestro tiempo determinan, por consiguiente, una aguda sensación de inseguridad, porque el aforismo de Leonardo da Vinci ha perdido vigencia; ya la teoría no es el capitán y la práctica los soldados, sino que viene a ser como si el capitán hubiera perdido el mando, y los soldados, cada uno por su cuenta, siguiera un proyecto personal, entrando a menudo en conflicto unos con otros.

"Esa situación de inseguridad, de azoramiento, contribuye mucho a aumentar un margen de incertidumbre respecto de la regulación jurídica; así como contribuye también a que dentro del orden jurídico-positivo se enfrenten y choquen con mucha frecuencia corrientes divergentes y opuestas", escribe el autor de este libro. Y agrega: "Este hecho multiplica en proporciones enormes los problemas prácticos que se plantean en la aplicación del Derecho, ante los tribunales de justicia, ante los órganos administrativos, y en los bufetes de los abogados."

Pero al denunciar la escasa influencia que el pensamiento filosófico jurídico del siglo xx ha ejercido sobre los nuevos desarrollos del Derecho positivo en nuestra época, el autor se refiere exclusivamente a la "Filosofía del Derecho académica", que es el nombre que él le da a la Filosofía del Derecho que se enseña en casi todas las universidades de Europa y de Hispanoamérica, y que "no es toda" la filosofía jurídica que se ha producido en el siglo xx. En efecto, demuestra que hay otro tipo de filosofía jurídica "no académica", que se ha suscitado principalmente por los problemas que la interpretación plantea, y que se ha desenvuelto sobre todo en torno al proceso judicial.

Basándose en esta filosofía jurídica "no académica", el presente libro aporta una aclaración sobre los problemas que han brotado en el ámbito de la interpretación y aplicación judiciales del Derecho, aclaración que permite encontrar la vía correcta para el tratamiento y la solución de tales problemas. No se trata, advierte el Dr. Recaséns Siches, de emancipar al jurista de su deber de fidelidad al Derecho positivo. Se trata de mostrar cuál es la esencia necesaria de la función del juzgador; y de mostrar cuál es, de acuer-

do con esa esencia, el ámbito y la índole de sus facultades.

De acuerdo con los propósitos del autor, esto se logrará, por una parte, gracias al descubrimiento de que la lógica de los contenidos de las disposiciones jurídicas, es una lógica diferente de la ló-



gica tradicional; es el logos de lo humano, la lógica de "lo razonable", a diferencia de la lógica de "lo racional", de tipo matemático.

Por otra parte, asienta el Dr. Recaséns Siches, contribuirá a la aclaración de estos problemas al darnos cuenta de que el contenido de las normas jurídicas no está constituido por principios ideales con validez abstracta, sino por "obras humanas".

Por último, a la clara comprensión de tales problemas, ayudará también, en gran parte, la correcta comprensión de cuál es la índole de la función jurisdiccional.

A. B. N.

LUCIEN FEBVRE: "Martín Lutero (un destino)". Breviario N° 113, Fondo de Cultura Económica. México, 1956. 282 pp.

Evidentemente este libro debe tomarse más por un juicio sobre Lutero que por una biografía. Debe considerarse como el dibujo que traza la curva de un destino, de acuerdo con la idea del autor, que al escribirlo, fué movido por el deseo de comprender y hacer comprender la personalidad de Martín Lutero.

Con tal propósito están situados con precisión los puntos verdaderamente importantes de ese destino, para plantear, en torno de un hombre tan extraordinario, los problemas de las relaciones del individuo con la colectividad, de la iniciativa personal con la necesidad social,



considerándolos como el problema capital de la historia.

Tres diferentes actitudes tuvo que asumir Lutero frente al mundo, las cuales se registran en el libro bajo tres distintos títulos. La primera, "El Esfuerzo Solitario"; la segunda, "El Florecimien-

to"; la tercera, "Repliegue sobre sí mismo".

En "El Esfuerzo Solitario" Lutero es un cristiano ávido de Cristo, atormentado por el temor al infierno, que en su ansia por poseer a Dios, pasa sobre la Ley y va derechamente al Evangelio. En "El Florecimiento", el monje Agustino sujeto a Roma y combatido dentro de una Alemania caótica, se convierte en el Reformador que elimina a Roma y le impone su voluntad a Alemania. En el "Repliegue sobre sí mismo" se adapta a las condiciones que él mismo ha creado aunque no son las que él deseaba.

Ahora bien, contra todas las objeciones, el autor sostiene la teoría de la unidad profunda de las tendencias luteranas al través de los acontecimientos más desconcertantes. "Repliegue" no significa "corte", afirma. "El ser cuyos tentáculos tropiezan por todas partes con el mundo hostil y que se mete lo más posible en su concha para alcanzar en ella un sentimiento de paz interior y de bienhechora libertad, tal ser no se desdobla. Cuando sale de nuevo es él, siempre él, quien vuelve a tantear en el mundo erizado; y a la inversa." Y logra demostrar que Lutero fué siempre el mismo.

Es verdad que Lutero, por el 1525, persiguió con invectivas y sarcasmos a los anabaptistas, los iluminados, compañeros de Carlstadt y de los Münzer; que aprobó la matanza de los campesinos, insurrectos bajo la bandera del Evangelio; que frente a los jefes de la Reforma alemana y renana esgrimió su doctrina de la presencia real. No importa.



A pesar de todo, el Lutero de después de 1525 fué el mismo que había puesto el Evangelio sobre la Ley, que en otro tiempo se manifestó como un rebelde formidable, que en 1520 escribió los grandes tratados liberales.

Transformado su idealismo de conquistador en conservador, dió lugar a que lo llamaran el criado de los príncipes. El, que muchas veces había dicho que no se casaría, en 1525 se casó con una joven monja escapada del convento; llegó a "asentarse" hasta ser en todo semejante en lo exterior a cualquier alemán de su clase social. Por último, tuvo conciencia de su fracaso.

Y sin embargo, fué siempre el mismo, puesto que siempre se mantuvo fiel a las tres grandes fobias que determinaron su extraordinario destino: el pecado, el infierno y el papa.

Lutero no podía ser sino Lutero, como afirma Lucien Febvre.

A. B. N.

LUIS LEAL, *Breve historia del cuento mexicano*. Manuales Studium, 2. México, 1956. 168 pp.

Por primera vez se intenta la tarea de redactar una historia del cuento mexicano. Este volumen aunque sucinto abarca un vasto campo: desde el cuento indígena hasta la última promoción de escritores. Es muy significativa la presencia de la

crítica en un terreno que antes se consideraba casi baldío. El predominio cuantitativo de la prosa narrativa sobre otros géneros es hoy un fenómeno característico en México.

La mayor atención de este libro está dirigida hacia el período contemporáneo. Y se arriesga a señalar los posibles valores de última hora.

C. V.

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, *Algunos Cuentos*. Prólogo y selección de Emmanuel Carballo. Biblioteca del Estudiante Universitario, 77. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México, 1956. 212 pp.

Antecede a esta antología de cuentos del escritor jalisciense un estudio de Emmanuel Carballo, quien en poco tiempo se ha distinguido como estudioso de las letras mexicanas del siglo XIX, y en especial de las figuras de los prosistas López Portillo y Rabasa.

Carballo coloca a López Portillo entre las corrientes que predominaron en el siglo pasado: realismo y romanticismo, y concluye afirmando que es un *escritor de encrucijada*: "Con la versatilidad propia de su tiempo supo adecuar su sensibilidad a los más disímiles espacios." Para apoyar este aserto, aquí, se incluyen los siguientes cuentos, muestra justa de lo que fue la prosa narrativa del XIX: *El primer amor*, *En diligencia*, *La horma de su zapato*, *La fuga*, *Por un cabello*. El primero, a nuestro gusto, es uno de los más



sentidos y ejemplares de la prosa de mediados de siglo: "En *El primer amor*, el jalisciense se mueve más espontáneamente, con más seguridad. Esta novela corta —aparte de ser autobiográfica— está más cerca de la sensibilidad de López Portillo, lo que se traduce en vívida captación de un cuadro de costumbres —hoy desaparecido— de nuestros abuelos".

La valoración sobre el autor es severa pero justa: "Tanto él como su obra, en la actualidad, están más cerca de los manuales históricos que de la vigencia plena. Más se le cita que se le lee, más se le estudia que se le comprende".

Esta edición va acompañada de interesantes datos biográficos y bibliográficos.

C. V.

EDUARDO NOVOA, *Fragmentos*. Los Presentes. México, 1955. 40 pp.

El autor de este ingrátido tomito parece aceptar la manera de Joubert: "Yo soy como una arpa eólica, que suena cuando el aire la roza pero sin llegar nunca a formar melodía completa". Así escribió Novalis, así escribe gran parte de su obra ese humorista lírico llamado Gómez de la Serna. Así escribimos cuando nos tiente un pasajero estado de ánimo.

Los *Fragmentos* de Novoa están regidos por un visible afán estilístico, ten-

diente, sobre todo, a la concisión, lo que se resume en una grata lectura. De ellos nos parecen más valiosos los que intentan ceñirse al mundo físico, real, concreto, con una prosa orgánica y existente casi por sí misma. En cuanto Novoa se lanza de la observación a la



reflexión —o sea: de la quietud al movimiento— esta prosa cae en la vaguedad, y oscila del aforismo al tópico; se tiene la impresión de que han puesto demasiado ropaje verbal a una idea canija. De-seamos que Novoa —de quien este corto, excesivamente medido intento revela dones de escritor— aplique su prosa a concepciones más amplias.

J. de la C.

C. E. ZAVALETA, *El Cristo Villenas*. Los presentes. México, 1956. 120 pp.

Muy desiguales en calidad son los cuentos de este joven y vigoroso escritor peruano. A su *realismo interior*, que parece aprendido en Faulkner, estorban ciertos giros idiomáticos rebuscados y algunas deformaciones gratuitas que causan oscuridad e interrumpen la limpia acción del relato. Esto aparte, Zavaleta posee un *oficio* de narrador, con una prosa dinámica y robusta, amiga de ahondar en las regiones oscuras de lo humano, allí donde se incubaba la insanía, el terror, la violencia. A nuestro entender, el mejor de estos siete cuentos es el que da título al volumen, un relato en el que se entreveran con mano sabia dos planos: la realidad y el mito. Sin describirlos, nos hace sentir el pequeño pueblito peruano, su tiempo detenido, su espíritu milagrero que poco a poco va fundiendo dos historias —la de Cristo y la del terrateniente Villenas—, en una sola, en la del Cristo Villenas. Con la inquietante aparición en el pueblo de un desconocido, el relato se diluye en el misterio.



Por dos caminos distintos logran crear una atmósfera de terror *La Batalla* y *El Peregrino*. El primero es un relato objetivo —para su objetividad usa Zavaleta un personaje observador— de la angus-

tiosa lucha de unos hombres contra un pájaro atado (la fiesta del cóndor en los Andes peruanos); el segundo, enteramente subjetivo, sigue la caminata y los recuerdos de un adolescente desequilibrado. *Una figurilla* nos habla de un niño que se enfrenta a los horrores de la noche, nacidos en realidad de sí mismo.

Relatos menos afortunados —por distorsión, por absurdo, por falta de unidad— son *Mister X*, *El Ultraje* y *La Rebelde*. Denotan que el juego puramente literario nacido de ideas ingeniosas no es el fuerte del autor, si ese ha sido su propósito. Creemos que en general le perjudica un afán de originalidad; o tal vez sea mejor decir: de rareza.

J. de la C.

MARIN CIVERA, *El hombre visto por los grandes hombres*. Ediciones Orto. México, 1956. 170 pp.

Para el lector actual acaso parezca este libro ingenuo; alguno habrá que lo tache de *evasionista*. A nosotros nos parece que representa con mucha nobleza ese cada vez más escaso espíritu idealista y generoso del que ha dado tantas muestras el pensamiento español —y que desde luego es más fácil de hallar en los poemas de Machado que en los ensayos de Ortega. Una época en que todo es parcial, en que la ciencia se complace en aplicar su microscopio a tales o cuales puntos de la piel humana, esta época de la Psicología, de la Economía, de la Sociología, sólo ha



sabido ofrecernos, pretendiendo haber hallado una imagen total del ser humano, fragmentos, más chicos o más grandes, de esa imagen. Esa visión integral —nos dice el autor de esta obra— sólo la encontró él en el arte y la literatura, únicos bálsamos al dolor de vivir y de no poder ajustar la realidad al sueño.

A pesar de que el autor no ha querido dar su "sola opinión ante problema tan vasto y difícil" y ha "preferido agrupar, relacionar y comentar las diversas y contradictorias maneras de enjuiciar al hombre de los escritores más representativos, antiguos y modernos", el libro todo nos da la sensación de un autorretrato. Y es que "agrupar, relacionar y comentar" ¡son actividades tan subjetivas! Querer apresar al hombre en un retrato —¡y más en un autorretrato!— es bien difícil, y sólo grandes obras lo han logrado —los Evangelios, el Quijote, etc.—, pero esa es precisamente la misión del arte, la misión del escritor.

Aquí, desde cada autor, Marín Civera contempla al hombre, trata de hallarlo definitivamente al través de todos los colores con que ha sido mirado. Ya sea este color pesimista, melancólico o alegre; ya sea dulce y piadoso, o colérico y agrio, el lector puede al final sacar sus conclusiones, las que por cierto no cerrarán el problema.

J. de la C.